

EL OFICIO DEL HISTORIADOR Y LA SOCIEDAD COLONIAL

Jacques Poloni-Simard

École des Hautes Études en Sciences Sociales, París

Me es muy grato estar aquí en la Universidad Andina para entregarles *El mosaico indígena*. Digo entregarles porque, desde que se publicó por primera vez en francés, en el año 2000, mi anhelo siempre fue que se editara en español y se publicara en el Ecuador. Ese día llegó y para mí es una gran satisfacción. Agradezco al Instituto Francés de Estudios Andinos, en el marco del cual desarrollé la investigación previa a este libro, a la Casa de Velázquez, donde la proseguí en Sevilla, y a la editorial Abya-Yala, instituciones que hicieron posible que este libro salga a luz hoy día.

Para mí el significado de este libro es múltiple. Primero porque es el recuerdo de los años vividos en Quito y Cuenca, entre 1989 y 1991, en los que encontré colegas y amigos que me acogieron, que conversaron, y cuya presencia esta noche es para mi un motivo de alegría.

En segundo lugar, y aquí la deuda que tengo con Ecuador, se debe a que *El mosaico* es el resultado de dos largos años de trabajo en los archivos quiteños, cuencanos y alauseños. El resultado de esa búsqueda de documentos referentes a los indígenas del Corregimiento de Cuenca, entre los siglos XVI y XVIII, que se conservan en los ricos depósitos documentales ecuatorianos, debía ser puesto al alcance de los historiadores y estudiantes, como una manera de devolver lo que me procuró mi estadía en su país.

Los lectores decidirán cuánto aporta *El mosaico indígena* a la historia de la Audiencia de Quito y a la historia de las sociedades indígenas andinas. Martha Moscoso y Rosemarie Terán han señalado algunos espacios donde el libro quiere ser un aporte. Les agradezco muy sinceramente por sus comentarios y por haber ofrecido excelentes y perspicaces resúmenes del libro, en el poco tiempo que se les otorgó.

En el marco de la presentación de este libro, llevada a cabo gracias a la coordinación de Guillermo Bustos, quisiera señalar lo que fue para mí pro-

ducir *El mosaico indígena*. Esta tarea es algo riesgosa porque significa retornar más de quince años atrás, cuando llegué al Ecuador para hacer una tesis de doctorado y luego volví a Francia para hacer una carrera profesional. A mi parecer, el historiador contrajo un compromiso con el país que lo recibió y estudió.

Estos años de investigación y residencia me permitieron medir en qué consiste el oficio del historiador: una tentativa de entrar en el corazón de una época para comprenderla a través del testimonio de quienes la hicieron, y un intento para entender, basándose en fuentes, cómo funciona una sociedad en un momento y lugar determinados. Tal como Rosemarie Terán y Martha Moscoso lo han mencionado, el objetivo medular era, a partir de las experiencias vitales de los indígenas, a quiénes la documentación colonial llamaba “los indios”, comprender sus esfuerzos, sus luchas, sus logros y fracasos. En otras palabras, entender su protagonismo. Porque los indígenas también hicieron la Colonia, aunque en relación asimétrica, en condición de dominados.

Sin embargo, sugiero en el libro que ellos supieron aprovechar los espacios que les dejaba el propio sistema colonial para desarrollar sus “estrategias”: reproducirse como comunidad, adaptarse a las posibilidades del mercado de trabajo, aprovecharse de los recursos que les proporcionaba el derecho indiano y entrar en los procesos de mestizaje. Estos fenómenos no involucraban solamente a los caciques, sino también a los indios y a las indias del común. Por eso, mi propósito en este libro fue no solamente identificar a los grupos sociales que constituían el conjunto indígena en su diversidad y diferencia, con las instituciones colectivas que lo organizaba, sino también partir de los individuos y de las redes sociales que tendieron para llegar a configurar un cuadro que señale tanto las permanencias como los cambios, y ofrecer, al fin y al cabo, un retrato lo más completo posible de la sociedad indígena colonial.

Imagen de una diferenciación interna, de una unidad y cohesión social afectadas por la desintegración de los cacicazgos, la urbanización y el crecimiento de la población forastera. Pero también por mecanismos de recomposición de las identidades en los barrios de la ciudad, en terruños alledaños y apartados, inclusive en las haciendas donde trabajaban como conciertos. Lo que traté de reseñar en esas tres etapas es algo específico del corregimiento de Cuenca, para señalar algunas diferencias con las provincias centrales y septentrionales de la Audiencia, un aspecto que es bien conocido, pero del que queda aún mucho por precisar.

Esta imagen de una sociedad indígena colonial diferenciada –entre afirmación étnica y mestizaje– se aparta del retrato que ofrecen los antropólogos que, a diferencia de los historiadores, se muestran más sensibles a los

fenómenos de permanencia que a los de cambio. Sin embargo, hay que preguntarse si esto se debe a un efecto de las fuentes. Creo que se trata también de una cuestión de perspectiva, que vale la pena profundizar. Ese aspecto nos conduce a la comparación con otros dominios de la corona española (el Virreinato de la Nueva España, por ejemplo) y a la necesidad de dialogar con las otras ciencias sociales, respecto a los puntos de vista que podamos tener sobre la sociedad colonial.

En todo caso, en mi investigación, he elegido trabajar desde la perspectiva indígena, sin perder de vista el conjunto de la sociedad regional colonial cuencana, puesto que considero que no se puede aislar un estamento, la república de los indios, de los otros. Cada estamento es parte de un conjunto mayor y cualquier punto de vista expresa un discurso sobre la sociedad colonial en su conjunto. Aquí toco lo que considero, luego de esa experiencia de investigación y escritura, el núcleo del oficio del historiador. Porque ser historiador no es solamente analizar, explicar una sociedad u ofrecer un modelo de análisis, es también dar cuenta de las experiencias de los actores sociales (cómo vivían, pensaban y actuaban), basándose en las fuentes que el tiempo nos dejó. Al fin y al cabo, hacer historia es dialogar con los muertos y restituir su vida a través del eco de sus palabras, a través del reflejo de sus acciones. Es tener el vértigo —y seguramente la ilusión— de hacerlos renacer. Al decir esto, desfilan en mi mente los nombres, las siluetas, las palabras de tal o cual artesano, campesino, arriero, concierto, gatera de San Sebastián o San Blas, de Sigsig o Chunchi, de Azogues o Cañaribamba.

Esta posición específica del historiador adquiere relevancia en la medida en que involucra a gente humilde que casi no dejó huellas en la Historia. Son ellos quienes dejaron un testamento ante un maestro de capilla, que se acercaron al notario para pedir una escritura de compraventa de tierra, que declararon ante el corregidor mediante el intérprete y el protector de los naturales para defender sus derechos.

Al volver del archivo, al volver a Quito —y mañana a Cuenca—, la tarea del historiador va más allá de la mera restitución de los mecanismos de poder y de los procesos de mestizaje, siendo ésta una de las metas principales del trabajo. Tiene como resultado el sentimiento de haber convivido con una sociedad, en este caso colonial, entre el siglo XVI y el siglo XVIII, en toda su complejidad y en todas sus dimensiones humanas.

No soy yo el indicado para decir si he logrado el propósito de entender toda la complejidad y todas las dimensiones del tema. Martha Moscoso, con mucha razón, ha enfocado un par de ellos (el sistema de autoridades) y Rosemarie Terán recalcó en las recomposiciones de la sociedad indígena. Estoy consciente de todo lo que hubiera desvelado otra perspectiva. Lo que no

me canso de profundizar al haber transcurrido años de quehacer histórico –y aquí reconozco mi deuda con mi maestro Nathan Wachtel– es el intento del historiador de acercarse a una realidad que siempre se aleja, que siempre se escapa, pero que a la vez deja testimonios, unas veces fragmentarios y otras extensos, con la certeza de que contienen algo de las experiencias históricas de los actores sociales que no terminamos de descubrir.

Gracias por su atención. Una vez más, gracias a Martha y Rosemarie por sus palabras y amistad.

